

II

La ví, la ví como vision terrible,
De espirante crepúsculo á la luz,
Convulsa, loca, en agonía horrible,
Torcerse al pié de solitaria cruz!

Nunca lloró. Sus párpados negaron
Lágrimas al volcan de su pasion:
Sus pálidas mejillas no surcaron;
Cayeron nada mas al corazon.

Despues, en noche lóbrega, velando
Del lecho junto al pobre cabezal,
Estuve su agonía contemplando,
Y la agitaba un vértigo infernal.

¡Qué agonía! En la sombra adelantaba
Lenta la muerte el descarnado pié:
La luz que débil lámpara arrojaba
Creció, me deslumbró, víla y temblé.

¡Solo con ella! En su abrasada frente
Un instante mi mano se posó:
Cesaron los espasmos de repente;
Pudo entónces llorar, rezó y murió!

III

La noche desvanece con séquito de nieblas
Del velo de la tarde el transparente azul;
Saliendo de un sepulcro, parece las tinieblas
Romper vago fantasma envuelto en blanco tul.

¡Cuál sube! ¡Cuál se aleja! Parece en el altura
De la estrellada bóveda errante luminar.
¿Es alma que va al cielo, de su perdon segura?
Contrito llanto puede misericordia hallar.

¡Pobre mujer! Su rústica morada postrimera
En la nocturna calma visito solo yo.
De fútiles galanes jamas sombra ligera
Su despreciado túmulo pasando oscureció!

Marzo 1842.

LA FLOR MUERTA

A LA SEÑORITA DOÑA DOLORES ESCALANTE

I

ERA una flor: un bello pensamiento
Que en un vaso de pórvido labrado
Aromas daba al adormido viento,
En un secreto camarín guardado.

Bebian sus suavísimos olores
Los pliegues de un flotante cortinaje,
Y á su abrigo, la flor sus tres colores
Mostraba sola entre el sutil ramaje.

Una mano, más blanca que la nieve,
Arrancaba á su pié yerbas y abrojos,
Y en el recinto de su cáliz leve
Con amor se enclavaban unos ojos.—

Yo no sé lo que miran las mujeres
Dentro del cáliz de esas flores bellas,
Que guardan, como imágen de otros séres,
En sus retretes misteriosos ellas:

Yo no sé lo que buscan allá dentro
Sus ojos tristes de ansiedad, de amor;
Ni qué preguntan de la flor al centro;
Ni qué responde á su ansiedad la flor.

¡Con qué ternura y compasion las miran!
¡Con qué delirio en su existencia adoran!
¡Con cuánto orgullo su fragancia aspiran!
¡Y con cuánto dolor su muerte lloran!

¿Hallan, tal vez, como la suya una alma,
Sensitiva que al tacto se amancilla,
O un pensamiento que aun dormita en calma
De la inocencia en la perdida orilla?

¿Guardan, acaso, en ellas las memorias
De aquella edad sin pena y sin placer,
En que acaban de niña las historias,
Y aun no empiezan los sueños de mujer?

(Crepúsculo del alma misterioso
En que la aurora del vivir se apaga,
Y el día, ó bonancible ó borrascoso,
Entre las nieblas de los montes vaga.)

Acaso con la flor identifican
De un puro amor el grato sentimiento,
Alma dan á la flor, la deifican,
Y clavan en su centro el pensamiento:
Espíritus, tal vez, de sus mayores
De ella en torno flotar miran y adoran. . . .
Por eso ponen en las tumbas flores;
Que hoy ellas solas por los muertos lloran!—

Era una flor; un bello pensamiento
En un vaso de púrpura plantado:
Una hermosa guardábale del viento
En su secreto camarín cerrado.

Y día y noche en amoroso halago
Pasaron largas horas blandamente,
Él exhalando su perfume vago,
Y ella aspirando su aromado ambiente.

¿Quién sabe si extendiéndose el ramaje
De la mujer so los flotantes rizos,
Se hablaron en un místico lenguaje
En su misterio desflorando hechizos!

¿Y quién sabe si en plática sabrosa
Ambas hallaron treguas al dolor;
La flor en los secretos de la hermosa,
La hermosa en los misterios de la flor!

Pero una noche del invierno oscura
Bramaba ronco el huracán por fuera,

Y la lluvia del cierzo á la bravura
Se estrellaba sonando en la vidriera;
Y la flor en el vaso por descuido
Dejóse en la ventana la doncella,
Y la tormenta con medroso ruido
Lluvia y granizo desgajó sobre ella. . . .

Alzóse al fin espléndida la aurora
Vertiendo en el ambiente su arbol;
Del aura errante, al murmurar sonora,
El tibio aliento preludiva un sol:

Saltó la hermosa de su lecho blando,
Y agitada corriendo á la ventana,
Su flor marchita y deshojada hallando,
Maldecía la luz de tal mañana.

Sus lágrimas caían como gotas
De rocío en el árbol sacudidas,
Sobre las hojas de la flor ya rotas,
Salpicadas de lodo y esparcidas:

Pero en vano sus perlas resbalaban
Por el seco ramaje ú hoja yerta;
Algo en vano sus ojos demandaban

La flor estaba muerta! . . .

II

¿No oís cómo en la noche silenciosa
Suena la voz del arpa armoniosa
Por la calle desierta?

¿No oís del viento en el confin, perdido
De una canción el último sonido
Que ahoga el aura incierta:

Cual nota que vibró la arpa del ángel,
Al desplegar sus alas el arcángel
Tocada levemente,

Y que inclinado el querubín apaga
Al posar en la cuerda en donde vaga,
Su dedo reluciente?

POESIAS

¿No oís un canto melodioso y vago?
 ¿No oís un eco de amoroso halago
 Que entre las sombras suena?
 Es la voz de un amante que suspira
 Al compas de los ecos de la lira,
 Su triste cantilena.

¿Sabeis lo que es entre la sombra oscura
 La blanda trova que un amor murmura,
 Y de amores se queja?

¿Sabeis lo que es llamar tan á deshora
 Al corazon de la mujer que adora,
 Y abre al amor su reja?

¿Cómo escuchar tranquila desde el lecho
 La nocturna cancion, cuando en el pecho
 El amor se levanta?

¿Cómo dormir si otra alma nos invoca,
 Si á nuestras puertas la esperanza toca,
 O á nuestras rejas canta?

¿Cómo á la voz que en sus entrañas suena,
 Y de un fuego volcánico las llena
 No acudir amorosa;
 Cuando es larga ilusion, breve martirio
 Temblar de amor, de frío y de delirio
 En cita misteriosa?

Oh! nunca la culpeis — ¡pobre doncella!—
 Si abrió el balcon, y por su mala estrella,
 Para cubrirle el seno
 Era muy poco la flotante gasa,
 Por donde el frío de la noche pasa
 Preñado de veneno.

Oh! jamas la culpeis, si delirando
 Y con la fiebre y con su amor luchando
 En tremenda agonía,

POESIAS

Rindió al Criador el virginal aliento;
 Y cual busto de cera amarillento
 Veis su semblante un dia!

Murió! . . . ¡pobre mujer! Los que la amaban
 Su cadáver con lágrimas regaban
 Ay! que en vano caían
 Sobre sus miembros cual la nieve yertos,
 Sobre sus ojos apagados, muertos,
 Que á la luz no se abrian! . . .

¿Qué te valdrá su llanto derramado,
 Mujer, en tu semblante descarnado,
 En tu pupila hueca?
 Lo que vale la gota de rocío
 Que el soplo de las auras del estío
 Lleva á una planta seca!

El viento del amor alzó tu velo;
 La brisa de la noche al claro cielo
 Hizo tornar tu faz:
 Flor que dejó el descuido en la ventana,
 Fresca en la tarde y seca en la mañana,
 Duerme en paz! duerme en paz!

Flores son de la vida las mujeres,
 Aromas de la vida sus amores,
 Colores de la vida sus placeres;
 Y cual marchita el huracan las flores,
 Marchita á las mujeres el amor.

La flor de los jardines arrancamos;
 La mujer del pensil de la inocencia;
 Con su aroma y amor nos embriagamos,
 Y al agotar voraces su existencia,
 ¡Pobre mujer! decimos: ¡pobre flor!

Febrero 1843.

UN NIÑO QUE LLORA

PORQUÉ estás llorando,
Vida mía, así?
¡Qué! ¿no tienes madre,
Rubio serafín?
Del huérfano acaso
No lo es, niño, dí,
La que al par fué virgen
Y madre infeliz?

¿No miran tus ojos
Doquier discurrir
Alados querubas
De rostro infantil,
Por el puro espacio
Que el alba, al salir,
Colora con tintas
De azul y carmin,
Y la noche esmalta
Con estrellas mil?

¿No miran tus ojos
En torno de tí,
Ondinas doquiera,
Doquiera un pensil,
Y lagos azules,
Y allá en el confin
De campos y montes,
Cascadas hervir?

POESIAS

¿No ves á tu lado
Mil rostros reir,
Mil brazos abrirse,
Y un seno gentil
Que el amor, la vida
Destila de sí?
¿Pues por qué así lloras,
Alma mía, dí?

Eres en la tierra
Destello feliz
Del sol que ilumina
La vida sin fin:
Gota de rocío
Que pende sutil
Del hoja de un árbol,
Que llaman vivir:
Flor que se engalana
Con colores mil
Del alba á los rayos,
No al sol del zenit:
Pájaro que salta
Del nido al jazmin
Que al céfiro abria
Su cáliz gentil,
Y ufano se mece
Sobre él, sin sentir
Que su propio peso
Le encorva, y que allí
La fuente sonora,
El verde jardín,
El cielo bañado
De puro zafir,
Y el aura que riza
Su pluma sutil,
Son sueños fugaces,
Son mentira vil.

POESIAS

Y si tanto eres,
Que al verte sentí
De tu sér envidia,
Lástima de mí:
¡Por qué estás llorando,
Vida mía, así?

—

Cada inocente lágrima que llora
Deslumbra en sus pestañas, imitando
La gota de rocío que atesora
De la entreabierta flor el cáliz blando:
Y así como la gota de la aurora
Va los cambiantes ricos reflejando,
Un destello su lágrima refleja
Del claro Eden, de que al nacer se aleja.

¡Morada de pureza y bienandanza!
¡Quién en la vida eternizar pudiera
De tu brillante luz la remembranza!
Mas piérdese en las sombras de esta esfera
A dó el enojo del Señor nos lanza;
Y la niñez conserva pasajera
Memoria de tu ámbito risueño,
Cual vaga idea de confuso sueño.

—

Llora la tórtola el nido
De que inocente se aleja:
Con cántico entristecido,
El puro cielo que deja
Lamenta el ángel caído.

¡Cambió por humanas galas
La esencia del serafín! . . .
¡Qué es agora el querubín
Que ayer tendía las alas
Por la gloria sin confin?

POESIAS

No ve del tiempo á los piés
Juntos lo que fué, lo que es,
Lo que será; ni estrellarse
Siglos, ni despedazarse
Mundos y soles despues.

Ni el puro ambiente respira
De la celeste Sion;
Ni la fúlgida luz mira
Que en olas por la extension
Del espacio eterno gira.

Ni al traves del santo incienso,
Del resplandor que deslumbra,
Sobre rico trono extenso
De diamante, al Sér inmenso
Se imagina que columbra
En santa union sempiterna
Con la Esposa y Virgen tierna,
Que holló el poder del averno. . . .
En ÉL, la justicia eterna!
En ELLA, el amor eterno!

—

Riega el camino de la vida triste
Con llanto virginal, ángel caído,
Mientras que de ese cielo que perdiste
El recuerdo fugaz no hayas perdido.
Nacimos á llorar, como naciste:
Al terrenal dolor eres venido:
Puro estás; mas mañana en tus enojos
Ni podrás á tu ayer tornar los ojos.

Frutos del árbol del placer nacimos:
A nuestros hijos el mortal veneno
Que de Adán heredamos, transmitimos:
Torpes pasiones sin barrera ó freno
Nos arrastran soñando. . . ¡Ay, si dormimos
De los deleites en el blando cieno! . . .

POESIAS

Antes que el cuerpo al padecer sucumba,
Despierta el alma al borde de una tumba.

Tus venas son azules,
Y rubio tu cabello;
Blanquísimo tu cuello
Cual velo de vestal.

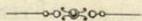
¡Cuánta pureza en esa
Célica faz se advierte,
Donde el pesar ya vierte
Su tinta funeral!

Bañe tu rostro, bañe
El llanto de amargura;
Que el tiempo á tu hermosura
Previene el ataúd.

¡Feliz si á la par que ella
Del cuerpo desaparece,
De tu alma no perece
La cándida virtud!

¡Oh niño! La virtud es en el suelo
Seguro talisman: ella derrama
En las almas purísimo consuelo;
Y jamas del espíritu que inflama
Se aleja la esperanza: ella abre el cielo.

Diciembre 1842. 4



AMOR

I

ALOR de la juventud, abre el capullo,
Y entre las zarzas de la vida asoma;
El aura del placer con manso arrullo
Avara sorbe su oriental aroma:
Cabe el agua que corre sin murmullo
La inclina el tiempo que los cedros doma;
Y al mirarse marchita, al agua arroja
Por turbiar el cristal, hoja tras hoja.

II

Es la red que por campos de esmeralda
Tiende el destino en la llanura amena
Que de la edad viril orna la falda;
A las almas gemelas que encadena,
Es áspero dogal, dulce guirnalda;
Es de espinas y flores su cadena,
Y el tormento y placer nos muestra junto,
Del mundo espejo y del vivir trasunto.

III

Pálido el rostro, triste la mirada,
Los cabellos sin orden desparcidos,
Exhalando la boca mal cerrada
Suspiros en el pecho comprimidos,

POESIAS

El alma por lo vago desalada,
Ardiendo en un infierno los sentidos,
Sus llamas atizándole el deseo. . . .
Así ví al hombre del amor trofeo!

IV

Fijáronse sus ojos rutilantes
En un objeto que á lo léjos mira;
Tendió hácia él los brazos anhelantes;
Su pecho se alza, con placer respira:
Unos ojos en él clávanse amantes;
Un beso ardiendo entre sus lábios gira,
Y sus párpados caen desmayados
En la luz de otros ojos abrasados.

V

¡Sueños de bendicion, en que entregamos
Al placer los sentidos, la alma al cielo;
En que los blandos ojos ocultamos
De lágrimas de amor con turbio velo;
En que al tacto mas leve retemblamos,
Cual se estremece sacudido el suelo:
En que la mente el porvenir olvida
En los delirios de lo que es perdida!

VI

Fuente sonora, en cuya linfa pura
Al fondo están las heces del tormento,
A flor la dulce miel de la ventura;
Que hidrópico de amor el pensamiento,
Quiere toda agotar, que nunca apura,
Y cuanto bebe más, muy más sediento
Torna al cristal el labio enardecido,
Dó el gérmen saca de su daño asido!

POESIAS

VII

Amor! tú eres el fuego que mantiene
Siempre ardiendo la antorcha de la vida,
Cual vaso que una luz guarda perenne
Ante el altar de un templo suspendida:
En tí la humanidad su origen tiene;
Y cuando al fin tu luz mire extinguida,
Echará, al aspirar tu última esencia,
La postrera raíz en la existencia.

VIII

Amor! tu sér aéreo y vaporoso
Es del Eterno el creador aliento,
Cuando hácia el borde del Eden umbroso
Inclinado, de lo alto al firmamento
Desparramó su soplo prodigioso
Por las llanuras do se tiende el viento:
—Aliento que flotaba en vago giro
Del amor de Eva en el primer suspiro!—

IX

Amor! al estrellarse en el bajío,
Arroja por despojo á la ribera
Desencajadas tablas el navío;
Y en el naufragio de la muerte fiera,
Al salvaje arenal del mundo impío
Dejamos, como dádiva postrera,
Hijos de nuestro amor, de nuestras vidas,
Tablas ¡ay! de nuestra alma desprendidas!

X

Tú de la flor en el gentil capullo,
De la selva en el toscó cortinaje,
De la paloma en el sentido arrullo,
En el aullido del chacal salvaje,

POESIAS

En la fuente que corre sin murmullo,
Y el torrente que brama entre el ramaje,
En la tierra, en el mar y el firmamento,
Vives y hablas al pecho, al pensamiento.

X I

Sentir es conocerte. Cuando oscura
Tiende la noche su estrellada alfombra
Por los espacios de una tarde pura,
Esos ruidos que suenan en la sombra,
Esa gigante voz que allí murmura
Y nos revela un Dios que nunca nombra,
Suenan como pudiera en la alma mía
Del amor de los mundos la armonía.

X I I

Como estruendo de fiesta en los palacios,
Se oyen por dentro de la noche ruidos:
Suspiros son, que van á los espacios
De unos lábios amantes desprendidos;
Que la luna en su carro de topacios
Atropella en los aires adormidos,
Tal vez medrosa de encontrar entre ellos
De otro amante Endimion suspiros bellos.

X I I I

Amor! si el sueño á nuestros ojos quitas,
Viertes en la alma encantador ensueño:
Si una esperanza de lo que es marchitas,
¡Cuántas nos dás de porvenir risueño!
A un infierno tal vez nos precipitas;
Mas nos lleva tambien tu altivo empeño,
A traves de un afecto mal seguro,
De Dios á conocer el amor puro.

POESIAS

X I V

Y Dios es todo amor! Ah! ven; te llama
Mi voz del fondo del herido pecho,
Como el enfermo que á los cielos clama
Desesperado en el tortuoso lecho:
Ven con tu lumbré que el desden inflama,
Y halla á su ardor el infinito estrecho:
Ven! yo quiero tus penas y placeres,
La cicuta y la miel de las mujeres.

X V

Amor! cabe mi lecho solitario
Ven de la noche en las solemnes horas,
Que van por el silencio funerario
Largas pasando, oscuras é insonoras:
Pliega en mi sien, cual cándido sudario,
Las plumas de tus alas voladoras;
Y al grato són de tu abrasado aliento,
Mis ojos cierra al velador tormento.

X V I

Amor! tu mano bienhechora encienda
Tu antorcha en medio de la niebla oscura,
Que en sombras borra mi perdida senda.
El sol de la esperanza en tí fulgura;
Pon en mis ojos tu engañosa venda,
Y al hundirse mi pié en la sepultura
Cabe mi sien doblado con terneza,
Tu brazo pon debajo á mi cabeza.

X V I I

El sepulcro es la fúnebre barquilla
En que las playas del vivir dejamos,
Para ganar del no existir la orilla.
En el piélago oscuro que surcamos,

Si de la religion el sol no brilla,
Si en tu remo hácia él ¡oh amor! no vamos,
¡Dó nos lleva en sus ráfagas el noto,
Sin religion ni amor, norte y piloto?

XVIII

¡Oh religion! ¡Oh amor del pensamiento!
¡Oh puro amor! ¡Oh religion del alma!
Si tú enturbias la vida turbulento,
Le tornas tú resignacion y calma.
Ah! necesarios sois cual lo es el viento,
Como el rocío á la africana palma,
Como al alma virtud lo es la conciencia,
Y al almo Creador la Omnipotencia.

Febrero 1843.

VEINTIUN AÑOS

I

VENID á mí, recuerdos de la infancia;
Venid, memorias de la edad tranquila,
En que, cual rica fuente por el mármol,
Por la inocencia resbaló mi vida.

Venid á mí; pasad ante mis ojos,
Reflejándoos en mi ánima tan vivas
Como en las quietas aguas de los lagos
Las rojas nubes que en los aires giran:
Y cual pasando van, sin que en las ondas
La débil huella de su sombra impriman,

Así pasad fantásticas, borrando
De vuestras huellas la señal impía.

Impía, sí, porque en el alma quedan
Las heces del veneno que destila,
Y en los senos recónditos del pecho,
Como raudal de fuego cae y filtra.

Venid á mí: venid por un momento
A engalanar mi estéril fantasía,
A herir mi corazon y mis sentidos
Con el soplo fugaz de vuestra dicha.

Un momento no más, y huid veloces
Antes de que mi voz ronca os maldiga,
Al herir del puñal de lo presente
Mi ardiente corazon, la punta fría.

Desde el lóbrego abismo del tormento
Se alza á vosotros la memoria mia;
Temo miraros, é impotente y flaco
Torno á vosotros, sin querer, la vista.

Me arrastra irresistible mi destino;
Mis ojos y mi espíritu domina:
Os quiero detestar, y el alma débil
Más os adora cuanto más os mira.

Brotad de entre las sombras de esa nada
A do mi ardiente juventud camina;
Brotad á despertar muertas venturas,
Que harto he llorado por mi mal perdidas:

Y removiendo el polvo del olvido,
Salid, salid, fantasmas de otros dias
Que la edad disipó, como los vientos
Las blancas nieblas al pasar disipan.

II

Sílfide ó maga, en la callada noche
La ví agitar su túnica de nieblas;
Vila, al romper la aurora las tinieblas,
Por la serena atmósfera bajar.